

# “Juntos andemos, Señor” Teresa de Jesús



Eva Cazalla Sobrín

La palabra “camino” está íntimamente vinculada a la experiencia de fe de los cristianos tanto a nivel individual como comunitaria. Como Iglesia, practicar la sinodalidad supone caminar juntos como Pueblo de Dios que comparte una específica forma de vivir y en el que todos sus miembros ponen lo mejor de sí mismos al servicio de su misión evangelizadora. Es por ello que, cuando la persona se determina a seguir a Jesús, ha de disponerse a realizar un doble camino: uno interior de autoconocimiento y otro comunitario de encuentro y servicio con los otros. Ambos caminos se complementan y ofrecen luz a nuestro trato de amistad con Dios.



**P**ara caminar con otros primero hemos de tomar tiempo para caminar por nuestro corazón. Conocernos y reconocer cómo el Espíritu obra en nosotros es fundamental para descubrir a qué somos llamados como hijos de Dios. Te invito a hacer silencio fuera y dentro de ti. En un lugar sereno, toma unos minutos para respirar profundamente, dejar el ruido de la vida cotidiana a un lado y disponerte al encuentro con el Señor. Teresa de Jesús nos interpela con esta pregunta: “¿Cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es imposible conforme a nuestra naturaleza –a mi parecer- tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios... Porque con estos dones es adonde el Señor nos da la fortaleza...” (V 10,7).

Esto nos lleva a afirmarnos en la certeza de que somos pueblo de Dios, que camina hacia la vida plena, la salvación definitiva. Recordamos al pueblo de Israel peregrinando por el desierto. Un éxodo que emprenden en busca de la libertad pero que se hace dificultoso, tenso, desesperanzado. ¿A qué hay que agarrarse para continuar adelante? A la certeza de que solo se llegará al final del camino si se recorre juntos, si hay colaboración, lo que supone acoger a la otra persona con sus dudas, certezas, miedos y seguridades, con todos sus deseos. Y acogerla desde el amor.

Tomar conciencia de los dones que hemos recibido produce en nosotros sentimientos que nos conmueven profundamente. Por un lado, nos hace crecer en humildad, puesto que ser conscientes de que los dones y talentos que poseemos son

muestra de que estamos habitados por Dios y de que el Espíritu está obrando en nosotros nos ayuda a no caer en la soberbia y el individualismo. Y por otro lado, sentir que somos favorecidos por Dios, como dice Teresa, nos llena de un sentimiento de gratitud infinita que nos invita a darnos a otros para que el don que Dios deposita en nosotros dé fruto en nuestro mundo.

## ¿Qué dones sientes que Dios te ha regalado?

¿Qué produce en ti descubrir que el Espíritu obra en ti? ¿Cómo puedes ser misionero en tu realidad poniendo en juego tus dones? El Papa Francisco dice que “una sociedad humana y fraterna es capaz de preocuparse para garantizar de modo eficiente y estable que todos sean acompañados en el recorrido de sus vidas, no sólo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí, aunque su rendimiento no sea el mejor, aunque vayan lento, aunque su eficiencia sea poco destacada” (FT 110). Con estas palabras Francisco nos invita a recorrer un nuevo sendero en el camino de nuestra amistad con Dios: caminar con otros haciéndonos hermanos. En ese hacernos hermanos van implícitas dos acciones que determinan nuestro modo de vida como cristianos.

## Acogida y comunión

Primeramente, hemos de estar abiertos a la acogida y a la comunión con otros. Este modo de estar lleva implícito vivir desde la caridad, la ternura y el reconocimiento de la dignidad de todas las perso-

nas. Reconocer y apreciar la riqueza y variedad de dones y carismas que el Espíritu distribuye libremente es reconocer el modo de estar de Dios entre nosotros y contagiarnos de su ternura. ¿Cómo te sientes cuando descubres dones en las personas que están en tu vida? ¿Cómo te hace sentir reconocer a Dios en sus vidas? Dedica unos minutos para acoger el tesoro que Dios deposita en los otros y agradece la luz que son para el mundo.

## El sueño de Dios

En segundo lugar, cuando nos determinamos a ese “caminar juntos”, somos invitados a descubrir el sueño que Dios tiene para nosotros como Iglesia. Es cierto que los tiempos han cambiado y que nuestro horizonte a veces se hace incierto. “Algunas cosas que nos parecen imposibles viéndolas en otros tan posibles con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan” (3M 2,12). Con estas palabras, Teresa de Jesús dirige nuestra mirada a la importancia de reconocer los dones de otros y dejarnos iluminar por su forma de hacer al estilo de Jesús. Una Iglesia sinodal es una Iglesia unida, participativa y corresponsable. Es tiempo de generar redes de encuentro, de diálogo y reconocer en los otros y en sus obras el abrazo de Dios. Como dice Teresa de Jesús: “Juntos andemos, Señor. Por donde vayas tengo que ir, por donde pases tengo que pasar” (C 21,6). Termina este momento de oración agradeciendo a Dios el regalo de sentirnos hermanos y la plenitud que provoca en nuestra alma caminar juntos y unidos a Él.

